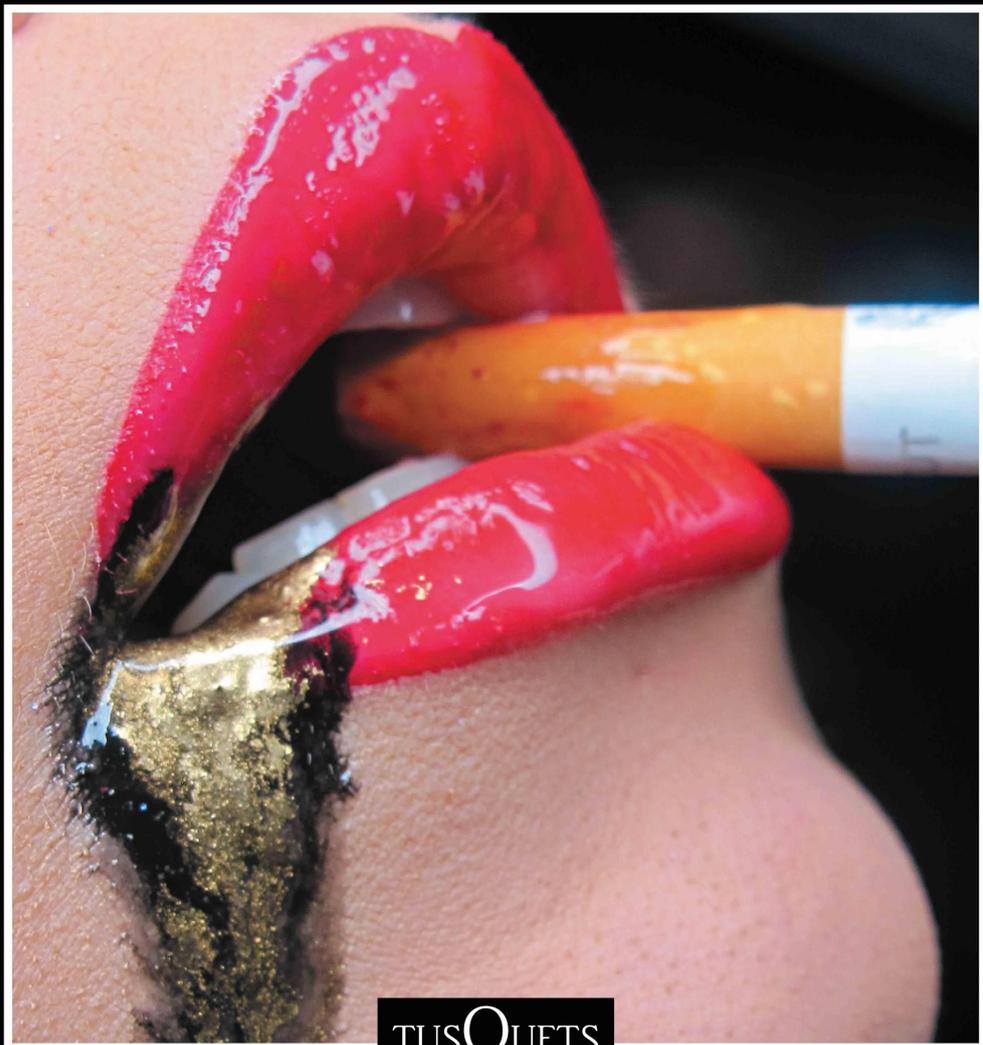


Camila Sosa Villada
SOY UNA TONTA
POR QUERERTE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CAMILA SOSA VILLADA
SOY UNA TONTA POR QUERERTE

TUSQUETS
EDITORES

No te quedes mucho rato en el guadal

Martincito tiene las piernas colgando del barranco. Está con su nuevo perro, un choquito color té con leche. Pierde el tiempo, que es justo lo que a su padre más le encula que haga. Pero a él le encanta la tarde, le gustaría que la tarde durara más para quedarse ahí perdiendo el tiempo al final del pueblo. El barranco está cerca de su casa. Es corta la distancia para regresar y ponerse a trabajar en las tareas que su papá, antes de irse a la obra, le deja por escrito en un papel pegado a la heladera con un imán. Se demora lo justo para que en casa nadie se haga la pregunta: ¿dónde se habrá metido este pendejo de mierda?

Este día la soledad de la que tanto disfruta se ha roto. Tiene en sus manos una mascota nueva, un amigo. Debe ser cortés con él y ofrecerle lo que cree hermoso. El barranco cerca de su casa, resto de una cantera abandonada, la tarde caliente y el concierto de las chicharras. Martín es parte de esos paisajes. Los conoce como si fueran carne propia y no se deja engañar por la coquetería de la naturaleza: sabe que detrás de cualquier arbusto en flor puede haber una cascabel o un bravo alacrán. Anda como dueño y señor por esos lares, pero siempre desconfiando del paisaje, como le enseñó su padre.

No le ha sido difícil elegir el nombre de su perro. Lo llamó Don José como el portero de su escuela, un señor al que quería mucho porque lo trataba bien y lo defendía si pescaba en el recreo a algún grandulón queriendo meterle miedo. Supo el nombre del perro el día que su papá les dio la noticia:

—La mami se ha ido, se llevó las cosas de ella y nos dejó.

Él y su hermana —tan parecida a su mamá— se quedaron sin saber qué decir.

—Así que para que no se pongan tristes, elijan algo que les guste y que no sea muy caro, y se los traigo cuando vaya al pueblo.

Los hermanitos guardaron silencio.

—¿Qué quieren?

Y Martincito, más presto que corriendo, se imaginó a sí mismo con el pelo largo y un vestido que su mamá había olvidado en la huida, al trote por el guadal con un perrito que lo seguía con la lengua afuera.

—Un perrito quiero. Un perrito para ponerle Don José.

—Ya vamos a ver —evadió el padre.

Y ahora, antes de llevarlo a su casa, se da cuenta de que finalmente tiene un perro como el del calendario de la heladería del pueblo. Un cuzquito que parece sonreír mientras una niña rubia y feliz lo abraza en un parque tan verde que duele nomás de verlo. A Martincito le gustaba ir a la heladería, más que por los helados, para quedarse horas sentado mirando la imagen de su anhelo, como hemos hecho todos alguna vez. Y ahí está, sentado en el barranco siendo su propio anhelo,

algo así como una melancolía de sí mismo. Don José duerme sobre su falda, es cachorro todavía, y moja de transpiración las piernas del niño. Piensa que una vida tan pequeña como la de su perro, si fuera arrojada desde allí al abismo del barranco, estallaría como el sapo que su hermana, hace unos años, aplastó con la maza de su padre. Su hermana no es mala, pero hizo eso porque quería ver cómo era por dentro. El padre decía que los sapos atropellados eran como granadas aplastadas en el asfalto, y aunque ella nunca había visto una granada, el padre les había dicho que era la única fruta en el mundo llena de piedras preciosas. Eso debió de darle curiosidad, porque su hermana no era capaz de hacerle daño a un animal, al contrario. Si se desvivía en la casa por las gallinas, las cabras y el caballo de su papá.

La tarde es como un eclipse. Si se mira al poniente, queda en la vista una mancha blanca que persigue todo lo que aparece después. Mires donde mires. De un lado ya se puede oler la noche y del otro la luz es intensa y anaranjada.

Los niños merecen una soledad así a veces, un silencio materno, un silencio paterno que les permita co-dearse con sus pensamientos, mirando una tarde como esta, junto a su perro que de a ratos resopla marcando el tiempo. Martincito se sobresalta con el grito de los pájaros, como si hubiera estado durmiendo con los ojos abiertos.